MESTER

1964

HEMEROTECA NACIONAL
MEXICO
3

Revista del taller literario de Juan José Arreola

1

MESTER

No. 1 MAYO 1964 MÉXICO

Sumario

LEOPOLDO AYALA
Poemas

ALEJANDRO AURA
Poemas

LOURDES DE LA GARZA
Cuatro Prosas

ALEX OLHOVICH-GREENE
El cigarro

RODRÍGUEZ CASTAÑEDA
La sequía

ANDRÉS GONZÁLEZ PAGÉS
Relaciones

EDUARDO RODRÍGUEZ SOLÍS
Banderitas de papel picado

Los miembros del taller literario de Juan José Arreola publican la revista *Mester*, bajo la responsabilidad del Secretario de Redacción en turno Eduardo Rodríguez Solís. Sudermann 335-B, México 5, D. F.

Poemas

por *Leopoldo Ayala*

Entre la tierra las hojas y los astros
arde la noche
—muchacha que repite
la invitación del cielo.

★

Pero entre todas las sombras
asciendo,
parezco una fogata hecha de espigas
tratando de alcanzar
las alas de los árboles.

★

Desde entonces:
te extiendes,
y no se oye nada
y nada brilla,

todo se detiene a la mitad,
los pájaros, los álamos, las palabras.
En la otra mitad
está dormido tu cuerpo.

★

Cómo decir
desde el primer nombre
y la primera voz:
cuando los sueños hacían geometrías de colores
y las palabras eran pájaros derribados por la luna.

Cómo decir
desde el día colgado con su cuerpo de sal
prófugo del crepúsculo.
Cómo decir.
Tus manos contemplando el agua
expiando sin fin
cada instante tuyo deslizado en los párpados.
Todo fue abandono
y un minuto
cerrado por tus ojos.

Cómo decir el minuto cerrado por tus ojos.

A la luz se detuvo tu cuerpo
desde mí mismo,
y lo que esperé se desprendió
atravesando la orilla en pequeños peces

—oscuros relámpagos imprevistos—
que salían como una sonrisa submarina.

Cómo decir los deseos que se desprendieron como pequeños peces.

Con los ojos cerrados,
bajo el calor que penetró los muslos
olvidamos nuestros rostros en las piedras
y los días fueron cayendo en la arena.

Más allá: el viento
golpeando las huellas de las palmas,
tu cuerpo abriéndose paso entre el temor,
estremeciéndose al abrir de tus labios
que se desnudaron delante de tu cuerpo.

Cómo decir el cuerpo que desnudó tus labios en el viento.

★

Frente al mar fugitivo
creado más allá de la primera sonrisa,
entre la sal
y la arena
agrandada por la niebla
próxima:
desnudas tu cuerpo.

Tus senos son dos astros
bajo las trenzas del cielo

y su palpitación: flujo imprevisto,
espera y movimiento.
La luna baja a precipitarse a tus hombros
y la obscuridad se hace orilla entre los pies delgados.

Tus muslos abren el labio del mar
—inmensa herida en círculos de espuma—
que al hundir tus piernas lanza sonidos cóncavos.

¿Donde comienza tu cuerpo?

La noche arroja al espacio su mirada antigua
inacabable,
mientras mis manos escriben serpentinas de estrellas
que van a morir en tu pelo.

Tu cuerpo sigue en silencio.

★

Las aguas dormidas beben de tus ojos
y la noche,
única soledad que conozco
y me muestra tu cuerpo,
asciende por tus piernas enmedio de mis manos,
resurrección perdurable en desvanecidos movimientos.
Tus senos siempre tranquilos
parpadean abejas en mis dedos,
y el viento sopla y lanza su quejido largo
de pequeño animal.

Una cintura de sonidos transcurre
reconociendo los recuerdos hechos de cristal
y de arcilla;
los árboles antiguos que doblé en las páginas de los libros,
los campos de nieve,
la cueva de las alas,
el sueño que soñé a tu lado,
las frases consteladas que avanzaron
con su boca blanquísima
y maduraron sólo una sonrisa.
En mi frente
la tinta verde de los primeros poemas
me habita como un relámpago vegetal
no acabado de caer.

Mientras duermes:
las aguas te llevan de la mano
y el mar combate con tu espalda
y desciende,
lanza a tu cuerpo estrías delgadas
que surcan poblando tu piel,
luego te extiendes,
alargas los brazos borrando las huellas de tu pelo
en la arena húmeda,
te hundes en espirales
y no sabe dónde guardarte mi memoria,
entreabres los ojos,
a obscuras me renuevas una mirada fija,
casi ciega,
y regresas a las aguas
que se alimentan de nuestros cuerpos perdidos en la orilla.

★

para tomarte en silencio entre las ramas,
arrojar a la piel tu carga de espectros,
partir todos los días
y gastar tu regreso interminable.

★

Amaré tu piel
en las sombras nocturnas de mi silencio,
entre las flores,
en la luz,
en la belleza suelta de los pájaros,
en la sangre ardiente
dentro de mí,
adversario que aguarda la esperanza
y la encierra
en esta silueta mía desterrada.
No juraré tu piel
en una noche.
Un día,
en el fondo de mi memoria
con las uñas abiertas en las orillas
de mi soledad,
me despreciaré a mí mismo,
en una noche.
Santificaré las fiestas de tu piel
distante de mis sueños
en el tiempo hurtado,
penúltima apariencia en tu miseria deslumbrante,
minuto que quema la tierra,

ahoga los sonidos
y desciende al sitio donde tu cuerpo se junta
con mi cuerpo.
Estoy contigo,
en tu costado late mi muerte
y sobre tu espalda se duele tembloroso
mi bautismo olvidado,
huyo,
reconozco tus hombros
como depósito de mi alma,
tus caderas blandas,
cielo donde beben mis manos.

Creo en tus ojos,
nacimientos escondidos
que me arrojan mi origen
y mi polvo,
niños que navegan circulares
en la carrera espesa de mi sangre
y ahondan las arterias
conteniendo mi pulso.

Creo en tu rostro,
porque es tu presencia
primera forma,
lamento detenido a la entrada del mundo,
tu rostro
que palpita lo mortal de tu carne
y lanza la huída de tu nombre.

Creo en la sed prolongada,
límite invisible
donde desembocas
vencida,
y cedes
al retorno solitario de mi pecho.

Creo en tu movimiento vertical
y rítmico.
Creo en el sueño que sueña tu carne.
Creo en el pan diario que me dice tus senos,
y en el fuego que hace puntos brillantes
en tu vientre.
Creo en tu piel que creó imágenes infinitas
en medio de tus muslos,
pozo,
espejo en que olvidé mi señal.
Piel,
piel que estás en su cuerpo,
no me dejes caer en el silencio.

Poemas

por *Alejandro Aura*

BUSQUEDA

Algo se espera.
Ciertamente.
Algo vastamente humano.
Los músculos casi tensos.
Y la búsqueda.

Por las calles me detiene un grito
de jóvenes ciegos:
—¡Adónde!
Con cadenas me golpean,
con rocanroles,
con puños-casi-muñones angustiados.
¿Adónde correría?

¡Alerta!
Algo vastamente humano se avecina:

no serán la libertad
ni el arma solas.
Algo necesariamente fuerte que me llama.
Adónde correría,
cuando tengo un encargo de paz para mi pueblo.

COMO TE IMAGINO

Blanda,
curva recostada y viva,
natural,
con una como culta intuición para la espera
te imagino.

Como que vas a hacer
en el aire
miles de veces mi figura con los ojos,
como que hasta vas a romper la línea curva con los pechos,
como si te estuvieras pintando en el ambiente.

Sola
y como que en la boca
no llevaras ni un beso todavía,
con los labios
nada más labios
y esperando
te imagino.

USTED

Usted, en su cocina ahumada por el petróleo de la estufa ingenua.
Usted entre cuartos de techos lejos,
techos blancos alguna vez.
Cuartos despintados.
Usted, blanca, cuello blanco.
Usted, sin miedo de atravesar el mismo patio tantas veces.
Y el primer cuarto en donde está su tía siempre sentada
en la misma silla. Usted sin miedo de que se rompa el cielo,
de que algún esqueleto se rompa con el aire.
Usted, lejos, preservada para cuando llegue algún muerto
a pedir sus dos manos.
Sola. Con pan de anécdotas muertas. El pan muerto de cada día. Sola.
Usted, con su hijo: mata de silencios.
Usted. Norma. Norma. Con el tiempo escondido.
Norma. Sola. La amo.

Y como siempre: se me muere el día.
Se me va.
Soy inocente . . .
. . . como siempre.

LOS JOVENES VIOLENTOS

Hablar
nos daba miedo,
preferíamos los gritos atarantados
y el billar.

"¡Ovejas negras!
nos decían,
¡Vagos!"

Sólo empezamos a hablar,
sin saber por qué,
cuando en los bailes
nos acercábamos
a los pequeños cuerpos tibios
de las muchachas.

Pero a menudo
nos cortaron la palabra.
(Eva se rió de mi primer poema
y a Lilia
le daban asco las espinillas).

Nada queríamos entender,
¡pero es de comprenderse!
nos daban "domingo" de hambre
y todos los días,
en casa,
preveían nuestro fracaso.
Nos hablaban de Dios
y para algunos,
el pecado solitario
era más urgente cada vez.

En la escuela,
los más,
no sabíamos bien a bien
lo que estábamos haciendo;
y reprobaban a los faltos de memoria.

Nos daba miedo hablar
pero iniciamos la violencia
en las esquinas;
huímos de las casas paternas;
y ellas,
las muchachas,
se pusieron pantalones.

Los cerebros de algunos
fueron creciendo
a ritmo monetario.
"Tú eres poeta,
me han dicho,
y es bueno distraerse
de vez en cuando
discutiendo con gente como tú".

Son ellos los que discuten,
yo sólo les digo que los amo.

Los jovencitos afeminados
llevan ahora del brazo
a las muchachas "decentes"
y las madres
esperan que todo se componga.

Otros,
contra esto,
amamos cínicamente.

También hubimos
quienes matamos la esperanza
de los padres.

¡Qué se le va a hacer!
La contabilidad me enferma.

Yo siempre he tenido vocación para el amor.

Pero habrá que crecer los besos
y los gritos
al tamaño del fusil,
porque algo anda mal
y hay que arreglarlo.

TAMBIEN POR ELLOS

Hay que salirse a la calle los domingos.
(Es el día más humano
en este tiempo):

El sub-gerente del banco
compra algodones de azúcar
a sus hijos
y les explica
por qué crecen las plantas.

En el parque,
un empleado de confianza
se tumba al sol
al lado de su novia,
y le dice
que podrían casarse
en una iglesia pequeña,
sin gran pompa.

Unos niños en bicicleta
me preguntan la hora.
(Sería buena hora
para ir con mi madre
al cine).

Y una familia rubia
lleva a la sirvienta
en el paseo.

Por ellos:
los que tienen
un día humanitario
a la semana;
los que cierran el negocio
y se marchan a casa
a ver televisión,
y más tarde
cohabitan y se duermen.

Por los niños
que estudian a fuerza
en la mañana,
y por la tarde
buscan qué aprender.

Por los jóvenes
que son herederos
desde ahora.

Por los que "hubieran querido ser . . ."
pero "no deja dinero".

Por ellos!
¡Vanguardias de todo el mundo,
perdónenme,
los amo tanto como a ustedes!

¡Por ellos!
¡También por ellos!
aunque no comprendan
que hay siete días de humanismo
a la semana.

¡También por ellos
protesto
y me declaro combatiente!

Cuatro prosas

por *Lourdes de la Garza*

LA CURIOSA

La madre dijo que el rompimiento del noviazgo, se debía a la vecina rubia que las visitaba tanto. Estaba segura, completamente.

Las hermanas ni negaron, ni aceptaron, pero hicieron notar que "el muchacho tenía serios problemas de dinero".

Fue la tía viuda la que abrió los ojos a la novia abandonada. "Ese hombre —dijo— tenía una vida doble y tenebrosa, donde lo sexual y lo inmoral tomaban proporciones tan importantes, que a ella, pobre novia recatada, la habían anulado por completo". Y suspirando de alivio, porque al fin tenía un motivo para materializar su ardiente imaginación, se dio un festín "reconstruyendo" a los ojos de la muchacha, los mil y un detalles de la vida oculta de aquel hombre.

La verdad de todo, era que a la chica le importaba muy poco aquel rompimiento con un novio al que sospechaba

ya algo aburrido, pero el relato empezó a quitarle poco a poco el aliento. Era un hombre con toda la sabiduría íntima y el encanto que ella siempre atribuyó a los grandes amantes, y se sintió, de pronto, como deben haberse sentido Adán y Eva, cuando les explicaron mejor lo que habían perdido.

Fue por eso que le sonrió así aquella tarde en que se encontraron de nuevo. Por eso no quitó los ojos de sus labios, y cargó su mirada tan fuertemente, que él se turbó primero y se encendió después.

La madre, las tías, las hermanas, incluso la viuda, aullaron a coro por la maldad de aquel hombre, alegando que había hundido en un abismo sin salida a la inexperta muchacha.

Pero aquello fue, simplemente, un pecado de Eva.

CONFORT

En la ausencia se acostumbró a pensarlo siempre cerca. De noche la cabeza se reclinaba en el hombro musculoso. Su mano descansaba en el torso del hombre, y sólo algunas veces, cuando la sensación de amor era más intensa, suspiraba y ronroneaba apretándose un poco más a la almohada.

La música era otro modo de unirse. Con los ojos entrecerrados la escuchaba, y entonces todo su cuerpo se hacía un doblez en el regazo del ausente, exactamente como cuando se dormía en brazos de su madre.

Las personas que la rodeaban iban perdiendo realidad. Hasta en un trayecto de autobús o coche, fingía dormir para evitarles. Pensarse junto a él era vivir el paisaje que

dejaban. Las frases del recuerdo tenían la continuidad del zumbido del motor.

El día que él regresó, se sintió profundamente desconcertada. Las actitudes y las reacciones de aquel hombre no tenían nada que ver con el soñado que prácticamente había vivido con ella durante meses.

Se separaron muy pronto. Ella contó a sus confidentes que en realidad "no se conocían suficientemente".

Pero la verdad fue que noche con noche, siguió abrazando al amante imaginario, que la acariciaba y acunaba exactamente igual que cuando era una niña.

HISTORIA

Juana, la simple, se casó quién sabe por qué artes, con Martín, hombre espiritual y nervioso.

Las amigas de la novia se regocijaron discretamente, pensando que pronto Juana sería una mujer gorda, zafia y engañada (incluso alguna se sintió elegida para el engaño).

No obstante, a los 20 días de casada, Juana comunicó dos cosas a su marido: que sabía cocinar sopas extraordinarias, y que, de hecho, podían considerarse papás.

El nacimiento de Martincito fue motivo para que Juana aprendiera a preparar los más ricos purés y natillas, y cuando el segundo niño se anunció, ya cocinaba las carnes más sazonadas del pueblo.

A los diez años, las inquietudes de Martín eran 8 hijos, 7 kilos de grasa purísima en el abdomen, y los horarios de las comidas.

Las nuevas amigas de Juana —más auténticas ahora— no dejaban de comentar "Mala suerte de Juana . . . ¡haberse casado con esta montaña de grasa!"

LA BUSQUEDA

Yo no lo recuerdo bien, pero me dijeron siempre que muy pequeña deambulaba por la casa en las noches, probablemente pensando, buscando algo.

Dicen que tenía entonces los ojos más abiertos que durante el día. Apenas entendía cuando me preguntaban qué buscaba, pero apretaba los dedos y no sabía contestar nada.

De la mano me devolvían a la cama y ahí lloraba sin hacer el más pequeño ruido; un dolor impreciso me lastimaba, pero yo no tenía nada que decir.

Hoy sigue pasándome igual. Las madrugadas me incorporan en la cama. La lucidez del sueño me sacude para comunicarme algo que debo saber, y siento que de mí misma va a surgir una antiquísima voz con la revelación que espero.

Pero no sucede nada, y vuelvo a mis sábanas crispadas sin tener qué decirme.

De una cosa estoy segura; hay algo que he perdido desde el día que nací.

Y no sé qué es, ni dónde debo buscarlo.

El cigarro

por *Alex Olhovich-Greenc*

Leonor prendió el cigarro.

—Escucha —dijo.

—No hay nada que decir.

El humo subía, y se quedaba pegado en las paredes.

—No, escucha.

Se sentó de nuevo y con un suspiro de resignación, cruzó las piernas.

—Dime, Leonor.

Los años no habían pasado en balde. Sólo los ojos no cambiaban. Los ojos nunca envejecen ni se arrugan.

La sinfonola se tragó el diez y tocó un viejo tango. Los 20s, los 30s.

—Te decía, pero ¿dónde estaba yo? No sé qué me pasa. Las ideas se me van. ¡Ja, ja! Las ideas se me van, se me van, se me van . . . Y yo aquí, aquí, aquí . . . Enrique, amor mío, no me mires así. Me haces sentirme como una tonta. Salgamos. Aquí hace demasiado calor.

El disco palideció y quedó atrás. La banda del parque

tomó su lugar. Y la banda se fue también y nosotros nos quedamos solos.

—Enrique, ¿es verdad? ¿Me quieres, me quieres?

Cruzábamos el pequeño lago artificial. Yo remaba con fuerza. Salpicaba su vestido blanco. No había luna esa noche.

—¡Qué tonta soy! ¡Ja, ja! ¡Qué tonta! Mi mamá no sabe nada. Ella algo me decía. ¿Qué era? Mamá, mi mamá; mamacita. Bueno, si no me acuerdo es que no tendrá importancia. Sin embargo, me gustaría poder acordarme. ¡Uuuy, qué frío! Enrique, oye, tengo frío.

El pasto estaba negro.

En algún lugar, la sinfonola volvió a tocar un tango. Carlitos Gardel.

—¿Es de día, Enrique, o es de noche? Pero no me importa. No me digas. Bésame aquí, en el hombro. ¡Ja, ja! ¡Qué tonta soy! Estoy llorando. Dime una cosa, ¿porque es tan bello todo? No, no puede serlo. Yo sé, yo sé que no puede serlo. Sin embargo . . .

—Señor Mondragón, lo solicitan al teléfono. ¿Señor Mondragón? ¿Señor Mondragón? Al señor Mondragón lo solicitan . . .

Caballo rey toma peón cuatro dama. Un momento.

—No, no puedo. Te digo que no. Dile al señor González que puede pasar a verme a mi despacho mañana a las diez de la mañana. Dile que es su última oportunidad para tratar conmigo. Es todo.

Cogidos de la mano, cruzaron corriendo el ancho jardín. Un perro ladró y les lamió la mano. Las luces de la gran mansión estaban apagadas.

—Enrique, Enrique, ¿es de día o de noche? Pero no me

digas. ¡Ja, ja! ¡qué tonta soy! Te pregunto porque me da igual. Todo me da igual. Todo, todo, todo . . .

—Al fin de cuentas, lo único que importa es el rey. Mate, mi querido Alfonso. Su equivocación consistió en no tomar desde mucho antes mi peón alfil dama. Para eso, hubiera sacrificado su alfil. Era su última oportunidad. Así, quedaba abierto mi lado derecho, y, no lo niego, me hubiera puesto en apuros. Además, debe aprender a manejar sus caballos con más audacia. Mientras no aprenda a hacerlo, su juego carecerá de brillo y de fantasía.

—Un día nos acordaremos de todo esto y no sabremos qué pensar.

—Es el chiste de esto, Alfonso: pensar bien cada jugada. Concentrarse.

—El mundo da vueltas. A veces, nos arrepentimos de lo más bello en nuestras vidas.

—Por ejemplo, en la partida Capablanca—Alekhine de 1926— ¿o sería en 1927? Las negras perdieron su posición ventajosa que habían conservado hasta casi la mitad del juego, debido a una tenaz ofensiva de los caballos contrarios.

—Sin embargo, vivir es lo importante. Vivir.

—¿Lo importante? Todo es importante. En el ajedrez, todo es importante.

—Hasta luego, Enrique. Tengo tanto frío. Adiós. Adiós. Mañana nos veremos.

Vi su silueta disolverse en la oscuridad de la gran puerta.

—Espera.

—No puedo, señores, me van a tener que perdonar.

—Adiós. Un día, un día . . . ¿Un día?

—Adiós, Enrique.

—Ya saben ustedes, los negocios.
—Dicen que es un amargado.
Todos, cada uno por su camino.
—No tiene a nadie. Su esposa quiere divorciarse.
—Dicen que mató a Vargas.
—¿Vargas?
—Su socio en Vargas y Mondragón.
—Un día... seremos felices.
—Tú y yo.
—Adiós.
—Adiós...
—Yo creo que de noche no lo dejan dormir sus recuerdos.
—No me gustaría estar en su lugar.
—Hasta la vista, señores.
—Adiós.
—Un día, tú y yo. Pronto.
—¡Qué tonta soy! ¡Ja, ja! Amanece. ¿O anochece? Por última vez Enrique: adiós. Es hora de dormir. Amor mío...
—Adiós.
—Adiós.
—Adiós.
—Adiós.
Todavía quedaban tres cuartas partes.

Yo sé que todo esto no tiene sentido. Lo reconozco. Tengo la culpa. A veces voy, y ha llovido. Otras veces, alumbra el sol. O canta un solitario pájaro. O pasa alguna vieja con una montaña de leña sobre sus espaldas y choca contra mí. O qué sé yo. Me es igual. A veces vive uno y está muerto. Creo que otras veces, está uno muerto y quiere uno vivir a pesar de todo. En mi casa, los cuartos son todos iguales. Uno tras otro, todos tienen a su manera, una curiosa inutilidad. Cuatro paredes que encierran un

vacío. Y los hombres son cuartos. No hay salvación en este mundo. O si no, ¿quién salvará al mundo? Nadie lo sabe. Nadie lo sabrá.

—Oiga, buen amigo, ¿este es el camino que lleva a la ciudad?
—No me hable de esa manera. A usted nunca me lo han presentado. Por lo tanto no lo conozco. Y menos soy su amigo.
—Sólo quería un mendrugo...
—Los hombres no dan porque sí. Debe haber una razón. Siempre debe haber una razón. Si no, hay que sospechar. Aparte de eso, eres mi hermano, y te amo como tal. Pero ahora, en este momento, me molestas. Vete.

Somos tres hermanas. Tú, yo y yo de nuevo. O así parece. De todos modos, no importa. Vivimos en una gran casa de largas escaleras, salones vacíos y recuerdos inmensos. Somos iguales, pero somos diferentes. Como la sal y el agua, y el agua de nuevo, juntos, hacen el mar.

Hasta ahora sólo has hablado tú (el cigarro ya va a la mitad). No importa. Lo único que te pido es que me permitas actuar ahora que me toca a mí. O si no, da igual también.

—Leonor, ¿por qué me miras así?
Sus largas uñas pintadas de azul se hundían en la tierna madera del sillón.
Yo era un viejo, un viejo acabado y egoísta. Era un viejo miserable, avaro, desgraciado.
Tengo 45 años.
—¿Leonor?

—Panchito está bien. Su pancita le estuvo doliendo por varios días, pero ya está bien. ¡No sabes lo que me preocupó! El doctor vino en seguida y le recetó unas píldoras. Me dijo que sólo le diera sopita de pollo con un poquito de arroz, y muchos jugos. Tú sabes lo que se preocupa una con esto de las enfermedades de los hijos. Pero ya está bien, gracias a Dios.

—Si no, te las vas a tener que ver conmigo.

—Enrique.

—Tú sabes de lo que soy capaz.

—Panchito es el niño más obediente que existe sobre la Tierra. Y me quiere mucho.

—Te doy hasta mañana para pensarlo.

—Siempre hemos sido amigos. ¿Por qué vamos a empezar a pelearnos ahora?

—Ya oíste.

—Pues conmigo no cuentes. No te voy a permitir...

El Cadillac 49 negro esperaba pacientemente.

—Oye, Cirilo, el viejo nos dijo que a las ocho salía sin falta.

—Cinco minutos, manito. No te preocupes.

—Lo tengo muy bien educadito. Estoy segura que no podrías encontrar a un niño de su edad con mejores modales.

—Ay viene; abusado, cuate...

—Y en lugar de ir en tercero como debería ir según su edad, ¡adivina en qué año está...!

—Derecho, manito. Ni se las huele.

—Ay voy, ay voy.

—En cuarto...

—No, no, espérate un momento. Espérate a que cruce.

—Su maestra dice que nunca ha visto a un niño igual. Nunca se pelea, nunca se enoja y se lleva bien con todos.

—¡Ahora sí, manito! ¡Déjaselo ir!

—¡Ja, ja! Vele nomás la cara.

—Enrique todavía no llega. Enrique es mi marido. Estos días se ha estado quedando a trabajar hasta muy noche. Elsa, yo lo quiero mucho.

—A pelarnos se ha dicho.

—Mucho, mucho.

—¡Rápido, compadre! ¡Métele el fierro!

—A veces, ya no sé si me quiere o no.

—El señor Vargas no debe tardar en llegar.

—Gracias, señor Mondragón.

—Todo se hizo como quería el jefe.

—Hay que aguantarse, querida.

—¡No, no; no puede ser! Sólo te lo digo porque eres mi amiga.

—Realmente, su sociedad es algo ejemplar. No sólo con socios, sino íntimos amigos.

—Sí, es verdad, señor Velázquez. Desde que nos conocimos nos hemos estimado entrañablemente. Pero, dígame, ¿qué hora tiene usted? Mi reloj se ha parado.

—Las ocho y cuarto, señor Mondragón.

—Ah.

—Un día me quiso, pero no me ha querido más. Lo siento. Lo siento en sus actos, lo siento en su mirada. A veces me es repulsivo.

—Ah.

—Ah, señor Mondragón.

—¡Aguas con la curva, Cirilo, aguas con la curva!

—¡Ah!

—Ah.

—Ah.

—Ah.

—Has hablado tú, y ahora te toca de nuevo a tí.

—No, no será así.

El cigarro se había consumido. Lo apagó en el cenicero.

—Leonor, no has dicho nada.

—No, nada.

Una lágrima resbaló por su mejilla:

—Mejor es irnos.

—¿Irnos a dónde? Sólo nos queda morir.

—Sí, es verdad. Pero aún así, moriremos con dignidad.

—Leonor —repitió con fastidio—. Comprende, sólo nos queda morir.

Esteban apareció en el umbral.

—La cena está servida.

Y juntos, del brazo, subimos lentamente los escalones que conducen al comedor.

La sequía

por *Rodríguez Castañeda*

—Estamos jodidos: sin agua, sin lluvias, sin cosechas, con este calor y ahora, de más a más, esta enfermedad que se ha desatado. A ver si no nos vamos muriendo todos sin confesar. Y así los rezos no valen, porque las oraciones no llegan a Dios dichas con la misma boca que se sueltan maldiciones. Y hay que pedir vida y salud . . . y que llueva.

Tenemos que encomendarnos a Dios, nuestro Señor; y nomás que lo devuelva el cura, a San Isidro Labrador, ahora que tanto lo necesitamos. Yo siento como si la capilla estuviera vacía sin él.

Cuando venga el cura hay que confesarse para rezar con provecho.

—¡Ey muchacho! vete por veinte de manteca a la tienda de don Goyo. Pero te vas rodeando el corral de los mezquites grandes para no pasar por la casa de María, no sea la de malas que te me vayas a contagiar.

—¿Que el médico ese que vino era del Gobierno?

—Mismamente, ¿no vio que no le cobró a nadie ni las consultas ni las medicinas?

—Nos debían de echar a los ingenieros del agua, para que cavaran pozos; o de plano a los sepultureros, para cavar las fosas de todo el pueblo, que se va a morir de sed.

—Oye Malena, ¿y tu novio?

—Ya tiene días que no lo quiero ni ver; anda re mugroso.

—Yo no me fijo en eso. Lo que siento es que antes ponía de parapeto el acarreo del agua para encontrármelo. Ahora que hay puro lodo en el jagüey no me puedo poner de acomedida.

—¿Supo usted que no es viruela el mal que anda?

¡Vaya, bendito sea Dios!

—Por si las dudas yo me voy a seguir haciendo disimulada para no saludar a María hasta ver si "La cacariza" no se le muere.

—Ese pueblo hereje recibirá el Castigo Divino. Sebastián, por sus pecados. Ya están empezando a penar con la pérdida de sus cosechas.

En cuanto lleguemos informaré al Señor Obispo de lo ocurrido para que mantenga apartados a esos salvajes, suspendiendo nuestra orden de ir hasta allá a oficiar semanariamente en tanto no haya signos visibles de que el Señor los ha perdonado.

¡Mira que haberme recibido con increpaciones; atreverse a dudar del Oído Divino y hacerme víctima de su intemperancia iracunda, como si yo fuese el culpable de las consecuencias de su conducta!

¡Ah!, pero mi sermón los hará sentir el remordimiento de sus pecados; habrán de sufrir penitencia en las almas

y en los cuerpos de quienes dejaron de ir a escuchar la Palabra Sagrada por ir a clamar el auxilio de hechizos humanos. Se los he dicho bien claro: Tendrán que pagar su culpa y dar a Dios lo que es de Dios.

Pásame el ánfora del agua bendita, que este calor me está revelando el infierno que espera a aquellos condenados.

"Servicios Coordinados de Salubridad y Asistencia. / Departamento de Medicina Preventiva. / Fecha 7-V-60 / Clave Q.S.-1006.

Ayer fue efectuada la visita dispuesta por esa Dirección al poblado de Teotitlán de Villa, donde, según lo desprendido de la solicitud de atención médica de quienes aquí se presentaron, presumía el suscrito un brote de viruela.

La alarma fue infundada. Se trató de un simple caso de infección dérmica por falta de aseo, que tiende a extenderse a causa de la sequía de la región; complicada con una hipertermia cuya causa resulta imprecisable sin la previa aplicación de un reactivo, que al efecto fue recetado.

La posibilidad de presentación de una epidemia habrá que verificarla. El botiquín fue agotado en atención a diversos pacientes que asistieron a ser recetados al sabernos presentes en el lugar.

Atentamente. Dr. E. Hernández D.

c.c.p. el comprobante de cobro de horas extras.
c.c.p. el justificante de solicitud de descanso económico".

—Carmelita: vengo a que me regale tantita agua para cocer mis frijoles. Fíjese que hace dos días se me acabó la que me quedaba.

—¡A buen árbol se arrima!; si supiera usted que desde

Relaciones

Por *Andrés González Pagés*

MEDITACION

Todas las tardes viene a la casa mi madrina Atala, y mi papá dice que viene siempre con un carajo. Yo nunca le he podido ver el carajo ese que dice mi papá que trae. Yo creo que ha de ser una de esas cosas que dice mi mamá que los niños no podemos ver porque nos quedamos chaparros, como los burros cuando los montan antes de que cumplan el año. Yo creo que mi madrina Atala se lo ha de esconder en el cuello de su vestido desde por la casa de don Paco, junto a sus bolas, mucho antes de que llega al portón. Porque siempre que me apuro para verla antes de que se lo guarde, ya no lo trae. Sólo puedo verle el chal, sus bolas, y la bolsa de mecate llena de cosas para comer.

También el carajo puede ser algo así como un cuero con el que se le pega a los niños que hacen maldades. Porque el otro día que seguí a mi madrina Atala cuando se fue, ya casi hasta la casa de don Paco, para ver si se lo

sacaba de donde tiene sus bolas, supe que mi papá y mi mamá tienen varios escondidos en alguna parte de la casa. Porque mi papá le grito a mi mamá desde el balcón:

—¡Mete a ese niño con un carajo, que ya es tarde!

Pero yo creo que mi mamá no me quiso pegar con el carajo, porque nada más me llamó, viendo a mi papá y meneando la cabeza como diciéndole que no era para tanto.

Me voy a poner a buscar entre las cosas que están en el cuarto del fondo, a ver si encuentro los carajos que tienen guardados mi papá y mi mamá. Les voy a decir a Tavito y a Chente que me ayuden a buscarlos. Y que si los encontramos, les doy uno. Porque han de ser muchos, porque mi papá siempre los está mentando.

Pero, ¿por qué tendrá mi madrina Atala un carajo, si ella no tiene hijos para pegarles con él?

CON ESPERANZA

Rafaela ha tomado la determinación de eliminarme. Lo sé. Descubro en su cara sonriente y solícita el afán de dar un rápido atajo a mi existencia. Presiento que en esta misma sala se encuentra camuflada, hasta lo imperceptible, el arma que ha de penetrar en mis carnes de manera silenciosa y definitiva, como el cuchillo en la excitada yugular del borrego.

Hace tres dias que estoy instalado sobre este incómodo sillón, pues temo que un mecanismo colocado con anterioridad pueda poner en marcha de un momento a otro el instrumento fatal. Rafaela quiere llevarme a la recámara aduciendo que debo descansar un poco, pero yo, aprovechando que ella ignora el hindú, le he dicho que me encuentro en plena práctica de los ejercicios faquíreos que

Banderitas de papel picado

Farsa en dos actos

Por *Eduardo Rodríguez Solís*

Primer acto

MUCHACHO.—Nuestro pueblo es chico. Pero sin que les presuma es muy bonito. Tiene su zócalo. Su iglesia. Su jardín.

No tiene pavimento. Y no lo necesita. Una vez, decía el presidente municipal: "vamos a pavimentar". Y no se hizo nada. Y qué bueno. ¿Saben por qué?, porque hubiera pasado lo mismo que en Tlacolula: pavimentaron... y todos los días llegaba mucho gringo por allá. Se llenaba la plaza de puros coches último modelo... y lo bonito que tenía Tlacolula se acabó.

Las muchachas de por acá son muy bonitas. ¡Palabra! Lo he podido comprobar. Resulta que la otra vez vinieron unas muchachas de Oaxaca. Y aunque tenían sus cositas... ¡No. No. No! No les llegaban a las nuestras ni a las rodillas. Las muchachas de acá son de

arranque. Se las traen. Son grandotas, llenotas, y todo lo que termine en "otas".

Nuestro pueblo es bonito. Y al que no le guste, que le ponga Jorge al niño. Los domingos hay ambiente. Del bueno. Del que no se encuentra allá en la ciudad grande. Hay marimba de seis a ocho, y orquesta de ocho a diez.

Cuando tengan oportunidad, vénganse para acá. Ai nomás dejan el carro arrejuntado a la orilla de la carretera, y luego se caminan sus tres kilómetros.

Vengan a probar nuestro mezcal y a comprar nuestros sarapes. Nomás para que vean lo que es bueno. Vénganse para acá, que el pueblo es bueno y les abrirá los brazos.

Voz.—¡Ah!
Voz.—¡Oh!
Voz.—¡Virgen María!
Voz.—¡Sálvanos Señor!
Voz.—¡Un cuervo!
Voz.—¡Un cuervo!
Voz.—¡Agarren a ese cuervo!
Voz.—¡Sí. Agárrenlo!
Voz.—¡Agárrenlo!

MUCHACHO.—¿Quieren saber qué es lo que pasa? Pues se los contaré. Resulta que hace unos momentos, ahí en la iglesia precisamente, de donde sale tanto grito, se estaban casando: Don Wilebaldo Mendoza y Mendoza con la señorita Antonieta Villalpando. Los dos de familias muy acomodadas en este pueblo. Pues bien... estaba el señor Cura en el asunto de las arras, cuando de repente, entró a la iglesia... ¡un cuervo! Sí. Entró un cuervo. ¡De veras! ¡Entró un cuervo volando!

Ni hablar, señor cura Se nota a leguas que está usted haciendo su buena campaña política, para que cuando se muera, se vaya al cielo. Y qué se me hace que hasta queda de secretario particular de Dios Nuestro Señor.

CURA.—Ni tanto. Ni tanto. Yo nada más aspiro a ser ayudante de San Pedro.

MUCHACHO.—Al día siguiente, se pegaron en todas las esquinas los nuevos desplegados. Estos decían:

"Atención habitantes de San Juan Bautista y pueblos vecinos. No hemos sido iluminados por la gracia del Señor. Nuestro Cristo sigue sin cabellos. Es necesario un sacrificio en el nombre de nuestra iglesia. Este llamado va precisamente a nuestras mujeres. A las que lucen largo cabello negro. Su cabellera a cambio de nuestro infinito agradecimiento".

El documento lo firmaba el cura Ambrosio.

VOZ.—¡Ya párale!
VOZ.—¡Sí! ¡Ya párale!
VOZ.—¡Vamos a descansar!
VOZ.—¡Sí! ¡Vamos a descansar!

MUCHACHO.—¿Quieren intermedio?
TODOS.—¡Sí! ¡Queremos intermedio!
MUCHACHO.—Los muchachos quieren descansar. ¿Y saben qué?, lo merecen. Ustedes, señoras y señores, también necesitan descansar. Salgan. Fumen un cigarro. Platiquen.

Pero una cosa: no hablen mal de nosotros. ¡Intermedio!

T E L O N

MANUEL CASAS, *impresor*